

París o el fino arte de cruzar puentes y evitar fotos cruzando puentes

Me explico:

Me gustan las ciudades cruzadas por un río. El río como herida abierta o cicatriz cerrada, da igual. El río como el canal entre los dos hemisferios del cerebro y los puentes como esos nexos que a veces producen la cordura y a veces la psicosis. Bilbao, Londres, Budapest, El Cairo, Praga... Pero París es la mejor de todas, la ciudad que mejor pontifica.

Cuando tengo necesidad de cruzar puentes –y pocas sensaciones más placenteras que cruzar un puente- me voy a París. Un río y un puente y uno ahí arriba, caminando sin apuro, deteniéndose justo en el centro, asomándose sobre la baranda, mirando fijo el agua hasta que se acalambran los ojos de tanto nadar y se ahogan las pupilas. Estar parado en el centro exacto de un puente parisino es como acceder, por unos segundos, a la ilusión verosímil de que ese y no otro es el centro del universo y que nosotros somos el eje sobre el que giran galaxias, nebulosas y agujeros negros. La ilusión dura poco, es cierto, pero dura lo suficiente. Y es gratis.

Tal vez este sentimiento venga desde las profundidades de la infancia cuando los puentes parisinos son sinónimo mosqueteril de duelo y fuga galopando hacia el otro lado de la aventura. Tal vez la trascendencia que sentimos al cruzar un puente sea el producto de algún recuerdo ancestral que se transmite a través del puente memorioso de genes y cromosomas: el cruce de un puente posiblemente haya sido una de las primeras victorias del hombre sobre el paisaje. Talar el tronco de un árbol, extenderlo sobre el abismo, vencer. Sí: hay algo de épico y al mismo tiempo cotidiano en el acto de cruzar un puente de París, porque allí, cruzando un puente, revisitamos la metáfora de nuestra existencia. Me permito contradecir el cliché zen: la vida no es un río que fluye sino todos esos puentes cruzando ese río que a mí me parece –cada vez estoy más seguro- se llama Sena.

No tengo muchas fotos mías en París (no tengo muchas fotos mías en ninguna parte) y estoy más que seguro de que no tengo ninguna foto mía cruzando un puente. Por cábala: una foto cruzando un puente no consigue otra cosa que inmovilizarte para siempre, a mitad de camino, hasta que se pierde de vista y de brújula en qué dirección cruzabas, a dónde querías llegar. Una foto que te petrifique cruzando un puente de París no te roba el alma; mucho peor: es como si la vendieras muy pero muy barato.

Y está ese peligro extra de ser fotografiado en París, donde hasta la más leve instantánea asciende de inmediato a la categoría de postal con *dejà-vu*. Doisneau, Brassai, Cartier-Bresson, ya saben... casi imposible evitarlo. Sin embargo hay una foto mía en París que –por razones obvias- no me molesta que me hayan tomado. Una foto tomada justo después de haber cruzado un puente y no me explyaré aquí sobre el placer extra de cruzar un puente en París, con la mejor compañía posible. Corrección: no es una foto mía, es una foto suya, una foto de los dos.

Lo de antes: si las fotos te roban el alma, me gusta pensar –estoy seguro- que de vez en cuando, por lo menos una vez en la vida, en París, se rebela y se revela una foto que cruza corriendo un puente, te alcanza, y te la devuelve mejor de lo que era.